



EL CONTAGIO TRANS

Notas para salir victoriosos

Ira Hybris es una militante comunista y transfeminista en Anticapitalistas



Riki Wilchins y Leslie Feinberg en el CAMP TRANS (1994). Fotografía: Mariette Pathy Allen

INCUBACIÓN

Querido diario:

Déjame que te cuente una historia. Esta historia transcurre a finales del pasado siglo, cuando todas aquellas personas en las que se hacía carne un deseo contra la feminidad y la masculinidad institucionalizadas debían obedecer a señores con batas blancas. Ellos les decían que padecían una enfermedad, pero que existía una receta para su cura: obediencia, silencio e invisibilidad. Ellos les decían que lo único que podría hacerles felices era ocultar que un día tuvieron una apariencia diferente. Ellos les decían que para ello tenían que convertirse en los hombres perfectos y las mujeres perfectas. Parecerse lo más posible a la imagen que la sociedad de su tiempo tenía de la identidad a la que habían elegido mudarse. «Pasar» por uno más. Por supuesto, así lo cuenta la historia, «pasar» no era algo que estuviera al alcance de todo el mundo, implicaba una forma de existencia marcada por una posición de clase, raza, estatus nacional y capacidad entre otros requisitos no nombrados.

Pero de repente...

En la década de los noventa, en los estados unidos, irrumpió una fuerza colectiva inesperada. Su militancia vestía una misteriosa camiseta. Unas letras sangrientas, las cuales evocaban al logotipo de *Rocky Horror Picture Show*, dejaban leer: «LA AMENAZA TRANSEXUAL». En un contexto en el que a las personas trans se les enseñaba —y obligaba materialmente— a desear parecerse lo más posible a la norma cis, ellos decidieron hacer todo lo contrario. Nada más espeluznante que devenir visiblemente, alegremente, trans. «Cualquiera puede ser una amenaza», advertían. Cualquier persona normal de la calle, tu vecino o vecina, hombres y mujeres respetables, podían esconder un aterrador secreto. Nadie estaba a salvo de sus efectos. No, tú tampoco.

esta es la historia de una amenaza. x

FASE I - LATENCIA

Introducción: La contrarrevolución cis

Antes de comenzar, un pequeño inciso: Este texto da respuesta a un fenómeno reaccionario de alcance internacional, con la administración de Donald Trump a la cabeza. Sin embargo, creo preciso aclarar que mis hipótesis se enmarcan en un contexto europeo de creciente autoritarismo de los estados neoliberales. La liberación trans, como parte de una lucha anticapitalista más amplia, ha de ser internacionalista. Por esta razón, tenemos la tarea de incorporar las perspectivas y experiencias concretas de otros territorios del mundo, pero también la responsabilidad de no universalizar los escenarios sociales y políticos del norte global imperialista. Por otro lado, os adelanto que este artículo va a ser largo, pues creo que lo controvertido del tema lo requiere. A fin de hacer más amena su lectura he dividido el cuerpo del texto en dos partes, una con más carga teórica y otra más enfocada en propuestas concretas para orientar la lucha política. >

Vivimos tiempos convulsos, una ola reaccionaria se cierne sobre nosotres. Entre los muchos retrocesos en materia de derechos políticos y sociales, el papel del género ha adquirido una gran centralidad. Las personas trans, queer, intersex y no binarias (probablemente en compañía de les revolucionaries, y a veces no siendo posible tal separación) se han convertido en un nuevo «enemigo interno» de occidente, apoyado por la «amenaza externa» de la clase trabajadora migrante, y en particular aquella leída como árabe¹. Además, como expresa el artista antiimperialista queer Khalil Talhaoui, se trata de un boomerang que regresa a los países del corazón imperial para destruir aquellos cuerpos que no sirven a su maquinaria de guerra en un contexto agravado de rearme. De esta suerte, en los últimos meses fuerzas contrarrevolucionarias de todo tipo han iniciado una ofensiva explícita contra las vidas disidentes de género en diversas partes del mundo. El monopolio estatal de la violencia se ha puesto en marcha y las leyes represivas contra los llamados derechos trans ya se cuentan en cientos. Borrado institucional de procesos de autodeterminación, persecución de tratamientos transafirmativos y de acceso deseado a la transición, criminalización de la presencia de artistas drag a la vista de la niñez, censura de historias trans elegidas

1 La cual, por supuesto, no podemos leer como solamente cis o heterosexual, reproduciendo así lecturas homonacionalistas que pueden justificar la violencia colonial en el nombre de los derechos LGTBIAQ+.

e incluso patrullaje de baños públicos. Estas son algunas de las medidas perseguidas legalmente por los reaccionarios con el fin de eliminar la posibilidad trans de la esfera pública. No obstante, estos ataques no han de entenderse de forma aislada. El pánico antitrans está estrechamente vinculado con la crisis orgánica (donde el poder existente queda en entredicho) que vive el capitalismo.

Los contextos de crisis no son únicamente momentos en los que la acumulación capitalista queda interrumpida, volviéndose así más evidentes las contradicciones de dicho modo de producción. A su vez, tal y como señala Joana Bregolat², estos intensifican los mecanismos de dominación con el fin de poder restablecer las condiciones de un nuevo ciclo de acumulación. Por lo tanto, las crisis conllevan un reforzamiento de las exclusiones y las divisiones históricas que oprimen a la diversidad de la clase trabajadora: capacitismo, islamo-odio, cisheteronormatividad, misoginia, supremacismo blanco, etc. Además, algunas de estas relaciones opresivas resultan particularmente ventajosas para la clase capitalista en medio de una reorganización abrupta de las condiciones de vida.

Por ejemplo, en un contexto en el que la reproducción social se traslada gradualmente a los hogares privados (esto es, ciertas actividades de cuidados dejan de ser asalariadas o cubiertas por sistemas públicos) es muy conveniente fortalecer una política de género cisnormativa. Así, los gastos para reproducir diariamente a la clase trabajadora se reducen drásticamente al ser asumidos por una feminidad que es naturalizada. De igual modo, el reforzamiento de la masculinidad tradicional es favorable a un capitalismo que requiere la expansión, cada vez mayor, de una economía de guerra, así como de valores imperialistas. Cabe decir, no obstante, que ninguno de estos procesos se da de forma lineal o determinista (de manera que el curso de los acontecimientos esté escrito de antemano y no tengamos la posibilidad de cambiarlo). Es la lucha de clases, en su antagonismo dinámico, quien tiene la última palabra sobre las formas en que se organiza en un tiempo y lugar determinados la reproducción social. La fuerza consciente de las explotadas puede llegar a empujar contra los deseos del capital. Es así que la ideología de lo cis o *cisidad* (*cisness* en inglés) es una de tantas relaciones sociales de dominación disponibles para disipar los antagonismos de clase agudizados por la crisis³.

Sin embargo, esto podría llevarnos a dos conclusiones, a mi parecer, erradas. La primera sería que la cisidad tiene una existencia autónoma con respecto al resto de relaciones de dominación en la sociedad capitalista. Que esta forma concreta de opresión no sea la única de la que se sirve el capital para mantener su orden de explotación no implica, ni mucho menos, que podamos ocuparnos del racismo o la misoginia sin pensar a su vez en la cisidad, y viceversa. El capitalismo como totalidad social concreta, contradictoria y dinámica, moviliza todas las relaciones sociales de desposesión, devaluación y abyección (convertir a alguien en una otredad socialmente desechable) de forma interconectada para poder reproducirse a sí mismo. La segunda sería que un reforzamiento de la cisidad solamente afecta a aquellas personas de la clase trabajadora autoconsideradas trans y no binarias. Esto

2 En “Nosotres y el capital: apuntes para pensar una política sexual de les explotades y oprimides”, en el Plural n.º 197 de *Viento Sur*.

3 Como desarrolla Félix del Campo en “Un fantasma recorre Europa: la transmisoginia y la crítica del capitalismo global por la extrema derecha”.

es diferente a plantear que, a menudo, es a través de estas vidas que la contradicción abierta por la ideología cis adquiere una mayor expresión política. Es en ellas, por lo tanto, donde hoy encontramos los principales vectores de autoorganización en torno al conjunto de antagonismos con la sociedad capitalista recogidos en el concepto de «liberación trans». Por esta razón, también somos nosotres quienes sufrimos de forma más directa la violencia contrarrevolucionaria cis.

Es en base a esto que, en adelante, pondré el foco de mi análisis en las categorías de la cisidad y la transidad (transness en inglés), pero estas en modo alguno han de ser comprendidas como algo separado del conjunto de relaciones sociales imbricadas en la dominación capitalista. La cisidad es más compleja y abarca más que una imposición de la conformidad de género. Tal y como expone lúcidamente la teórica transfeminista-marxista [Emma Heaney](#):

“La cisidad es la forma de nombrar el proceso histórico a través del cual se castigaron, invisibilizaron, marginalizaron o patologizaron innumerables formas de vida colectiva, de modo que una forma de vida pudiera aparecer como la natural, neutral, correcta y saludable; la productiva, la ordenada, la no criminal [...] Se trata de una forma de pensar que conecta la historia del sexo como tecnología racial con los relatos victorianos del «ángel del hogar» y la persecución de las trabajadoras sexuales, con la historia trans y las ideas liberacionistas sobre la discapacidad en cuanto al tipo de cuerpos que son valiosos”.

La cisidad está, por lo tanto, íntimamente ligada a la opresión colonial. Aquello que la pensadora María Lugones denominó el «sistema moderno / colonial de género» fue impuesto como herramienta de dominación contra los pueblos originarios, empleado para erradicar las concepciones indígenas y no occidentales de identificación que excedían el binarismo hombre-mujer. A su vez, la no adecuación a los mandatos corporales y sociales cis se encuentra estrechamente vinculada al desarrollo histórico-político de la noción de locura y al despliegue de los métodos burgueses de eugenesia. Por último, huelga decir, la cisidad es una relación social decisiva para disciplinar a grandes capas de la clase trabajadora feminizada en la sumisión, la devaluación y la interiorización de una división rígida del trabajo. Por ello, numerosos autores como le teóricque transfeminista negre Marquis Bey proponen que entendamos lo cis como una forma social de confinamiento, una suerte de prisión para nuestros cuerpos y subjetividades, para todo lo que podríamos ser. Desde esta perspectiva denominada abolicionista (vinculando la lucha contra las cárceles y la policía con la lucha contra la imposición del binarismo de género) lo trans no nombra una identidad individual, sino que abarca una miríada de prácticas contra la carceralidad de lo cis.

En el momento en que entendemos la transidad como una forma práctica de *desplazamiento* (el propio prefijo «trans», de hecho, significa moverse más allá) en y contra la privación de libertad que es lo cis quedan abiertas dos posibilidades emancipadoras. La primera es que, desde esta perspectiva abolicionista trans, las personas (leídas como) cis dejan de ocupar automáticamente el papel de opresores. La segunda es que, al dejar de considerar lo trans como una identidad privada y autocontenida, al reformularse como un «hacer» indisciplinado —si se quiere, al pasar de una lógica ontológica (relacionada con el ser, fuera de la historia) de la esencia a una lógica política de la desobediencia (contra las fuerzas de la historia)—, este puede ser radicalmente democratizado, expandido. He aquí el gran terror de los reaccionarios.

A lo largo de la historia, las clases dominantes se han servido de diversos pánicos morales para defender sus intereses en tiempos de crisis. Es importante, pues, desenmascarar este tipo de políticas reaccionarias como lo que son actualmente: una defensa del poder capitalista. Aquellas vidas que son mandadas a la picota en periodos de inestabilidad social, económica y política revelan puntos débiles de la hegemonía burguesa. En este contexto, las masas trans abren una brecha importante en la reproducción social del sistema, dado que ponen en cuestión aquello que se ha hecho ver como lo único posible. Pues nosotros aprendemos y aprehendemos, desde nuestra propia cotidianidad, la posibilidad de la transformación. Por ello, la liberación trans ha de ocupar un lugar irrenunciable en la lucha de la clase trabajadora contra la ola reaccionaria y en defensa de una imaginación política superadora del realismo capitalista. No en vano, el principal pánico moral azuzado por la reacción antitrans es el de un miedo al contagio. Que el deseo de no ser cis pueda propagarse de una persona a otra. Pero ¿Y si las ansiedades de los fascistas pudiesen abrir paso a una política de género revolucionaria? ¿Y si... fuese posible convertir el contagio social trans en un contagio socialista?

Ayer era la huelga feminista y, antes de acudir con mis camaradas a la mani de la tarde, La me invitó a su casa para, a escondidas de mis padres, maquillarme y que allí me pudiese poner un vestido negro de encaje. Me sentí muy guapa y feliz al otro lado de la pancarta. Contagio.

Fetichistas de la feminidad

Uno de los discursos transmisóginos más malintencionados es el que trata de invalidar la identidad escogida de las mujeres y feminidades no-cis acusándoles de ser «meramente fetichistas». Autoginéfilos (concepto, por cierto, acuñado por un supremacista blanco y ahora en boca de algunas personas que se “autoperciben” de izquierdas) para quienes la feminidad es una sucia perversión, un peligro para sus legítimas dueñas: las mujeres cis —al menos aquellas que encajan en una concepción fundamentalmente excluyente de ser mujer, construida a la contra de la negritud, la discapacidad y el trabajo sexual—. Pero lo que estas personas transodiantes no saben es que, desde una mirada marxista, no hay realmente nadie que no sea fetichista de la feminidad y la masculinidad.

El fetichismo es un concepto introducido por Marx en *El capital* para nombrar un efecto de la producción de mercancías por el cual las relaciones sociales entre las personas asumen una forma velada de relación entre cosas. Así, bajo el capitalismo, el valor de las mercancías aparece intrínseco a las mismas, ocultando el hecho de que éste se produce a través del trabajo humano organizado en unas relaciones históricas específicas. Este fetichismo implica, por tanto, que las formas históricamente disponibles de ver un producto nos muestran este de forma separada del entramado de relaciones sociales y temporalidades que lo han hecho posible. Por ejemplo, cuando observamos una lata de coca cola no poseemos la capacidad de ver en ella de forma inmediata todos los procesos de trabajo devaluado y extractivismo colonial que han permitido que aparezca ante nosotros en el mercado. Se trata, pues, de un borrado de las condiciones *colectivas* y *coercitivas* de posibilidad de esa lata. Asimismo, podemos pensar en la noción de fetichismo más allá de lo que es considerado estrictamente como una mercancía.

En su manifiesto, *Salarios para la transición*, la poeta marxista trans Harry Josephine Giles plantea que ser hombres y mujeres es una suerte de trabajo no pagado al servicio del capital. Es decir, que la masculinidad y la feminidad no son algo intrínseco a cada persona sino el resultado de un arduo proceso de producción. En definitiva, un producto. Muchos hombres (leídos como) cis cuidan milimétricamente sus movimientos en público, dedican jornadas enteras a esculpir una figura concreta en el gimnasio e incluso consumen terapia hormonal. Muchas mujeres (leídas como) cis someten su cuerpo —no siempre de forma consentida— a tratamientos abrasivos de depilación desde muy tierna edad, invierten horas frente a un espejo aplicándose métodos de skincare y maquillaje “nude” y mantienen una relación violenta con la comida para poder encajar en los cánones de la feminidad de cada tiempo. Y habrá quien tenga la reduccionista tentación de ridiculizar estos comportamientos o de subestimarlos como una mera falta de personalidad o atadura a las modas. Nada más lejos, para una gran mayoría de las personas de la clase trabajadora la adecuación a este tipo de códigos cis es una cuestión genuinamente material. Aquellos chicos que sean percibidos como demasiado femeninos pueden acabar sufriendo ostracismo y acoso, perder su entorno de amistades e incluso ser expulsados de su puesto de trabajo. Aquellas chicas que sean percibidas como insuficientemente femeninas y normativas pueden sufrir agresiones sexuales correctivas, ser marcadas como indeseables (incluso dentro del colectivo LGTBIQ+) y ser más vulnerables a contextos de dependencia económica. Pero nos dicen que ser hombres masculinos y mujeres femeninas es lo natural. Es como si... se borrasen las condiciones colectivas y coercitivas de posibilidad de nuestros géneros.

¿Y dónde quedamos las personas trans visibles, quienes hemos podido decidir *no esconder la producción del género* con el que nos presentamos ante el mundo? Poniendo en diálogo el concepto marxiano del fetichismo con su transición corporal, el teórico Nathaniel Dickson⁴ formula lo siguiente:

“Las mercancías están imbuidas de una relación mítica entre ellas que hace desvanecer cualquier trazo de trabajo humano contenido en las mismas. Del mismo modo, se imagina que el género tiene una explicación que no comporta ningún rastro de esfuerzo humano. [...] Las personas trans amenazamos esta aparente ausencia de esfuerzo”

En nuestros cuerpos en tránsito queda al descubierto una terrible verdad; la sociedad capitalista nos obliga a producir a diario los “hombres” y “mujeres” que decimos ser. Esto es lo que llamamos una comprensión fetichizada del género, y es solamente desde su lógica que alguien puede reconfortarse en la imposibilidad del contagio trans.

Hemos ido a un encuentro interno activista LGBTI en una casa rural de Aguarón. Por la noche, mientras sonaba música en el salón, M. me ha ayudado a acordonarme un corsé y me ha prestado una peluca castaña. Varios compañeros se lanzaron a decir a qué celebridades de hoy y siempre les recordaba. Entonces, Lo. me dijo con una sonrisa: «Pues yo este look lo veo muy Ira». Contagio. Contagio.

4 En “Seizing the Means”, dentro del libro colectivo *Marxismo Trans*.

Al tacto de la lucha

Os invito a hacer un experimento mental. Pensad, tan solo por un instante, en un momento de vuestra vida en el que vuestro entorno favorecía un mayor grado de libertad. Pensad en cómo eso tenía un impacto en las cosas que os permitíais hacer y ser. Y cómo entonces, tal vez, llegasteis a hacer y ser algo que no hubierais podido explorar en otros ambientes. ¿Lo véis? Atesorad esa imagen. Acompañando estos recuerdos, las teóricas marxistas [Nat Raha y Mikje Van der Drift](#) nos lanzan una gran provocación política en su libro *Trans Femme Futures: «cualquiera puede transear»* ('anyone can trans' en inglés). Yo propongo que hagamos de esta afirmación una primera hipótesis de lucha.

A menudo se ha descrito la experiencia trans en torno al concepto de disforia de género. Desde una mirada liberal, la disforia nombra un malestar meramente individual que alguien sufre cuando su género deseado no coincide con el rol social que le fue asignado al nacer. Siguiendo esta lógica, el estado capitalista no puede sino ofrecer remedios también individuales, más o menos violentos y accesibles: tradicionalmente, una tutela burócrata sobre los cuerpos trans (mediante psiquiatras, jueces o policías según el momento histórico) y el consumo de mercancías (hormonas, maquillaje, binders, cirugías, etc). Alguno de estos medios llamados de afirmación de género puede hacer que nuestra incomodidad disminuya e incluso propiciar una relación placentera con nuestro cuerpo, y por eso deben ser defendidos y socializados. Pero, al final del día, las relaciones sociales que en verdad provocan nuestro malestar permanecen intactas. Así, este enfoque liberal nos impide ver en la disforia un deseo fundamentalmente político, el de dejar atrás la rígida normatividad de género impuesta por el capital.

Sin embargo, las masas de jóvenes trans, queer y no binaries ya han comenzado a derribar los cimientos del liberalismo trans; expresando colectivamente la no-obligatoriedad de lo cis y revelando de este modo su estatus ideológico (de relación histórica). Sin que nadie lo esperase, en la última década han comenzado a tambalearse las rejas de la mazmorra en que la ciencia médica burguesa del siglo XIX trató de contener la posibilidad trans; reduciéndola primero a una metáfora del deseo homosexual y posteriormente a un malestar minoritario⁵. Dando paso así a una visión fundamentalmente expansiva y colectiva de la no-cisidad, la cual podría dotar de un nuevo rumbo a nuestra liberación. *Cualquiera puede transear, cualquiera puede llegar a hacer lo que las personas trans hacen*. Esto nos lleva a cuestionar cómo el capitalismo se encarga de desplazar la no-cisidad a una minoría de la clase trabajadora, cuando realmente se trata de una posibilidad universalmente abierta al conjunto de la misma. En otras palabras, a entender que hay muchas menos personas proletarizadas en el mundo que se identifican como trans que personas proletarizadas que, de hecho, encajen en la norma cis. Es aquí donde se vuelve tan políticamente sugerente introducir una retórica del contagio.

En su raíz etimológica, "contāgium" es aquello que se produce al tacto. El tacto trans no tiene por qué ser físico. Podría llegar a través de una amigue de internet, de la letra de una canción punk, de las páginas de una novela de ciencia ficción, de una huelga general, de una película porno queer, de un show drag en un casal, de

5 Emma Heaney en "On the Cisness of the Bourgeoisie".

un video-ensayo en Youtube, o también por vías hermosamente imprevisibles. Son muchas las formas posibles de ser tocades por algo o por alguien. Qué o quién nos toca a lo largo de nuestra vida y cómo lo hace condiciona lo que somos. Nos aleja de otras posibilidades, nos hace no ser lo que podríamos haber sido. De hecho, en gran medida, las instituciones del capital (la escuela, la familia, el trabajo asalariado, los medios hegemónicos, la policía, el ejército, la industria de la salud) actúan como un «tacto» cis para la mayoría de las personas. Esto podría ser revertido por la camaradería anticapitalista: ¿Nos atrevemos a construir colectividades de lucha, en cuyo «tacto» se reproduzca la posibilidad trans?

Nuestras relaciones con les otros son capaces de transformarnos. De trastocar lo que hasta entonces creíamos posible y deseable, y allí late una poderosa fuerza antagonista a lo dado. No en vano, un chascarrillo habitual de los movimientos queer y transfeministas es cómo la militancia en los mismos tiene el efecto de hacer que una persona progresivamente deje de ser monógama, monosexual y cis. Es así que la lucha colectiva redefine también las posibilidades de nuestros cuerpos. Esta, cuando nos toca cálidamente, nos permite llegar a hacer y ser algos que no estaban anteriormente disponibles para nosotros. Pero podemos pensar en un ejemplo más masivo. Uno de los principales tropos antifeministas de la extrema derecha es el de las mujeres con «pelo en la sobaquera», quienes dejan de depilarse a través de su toma de conciencia política. Sin embargo, esta sátira conservadora esconde un potencial radical contra la cisidad: muchas mujeres y sujetos feminizados dejaron, efectivamente, de necesitar depilarse tras su contacto con los feminismos militantes. Esto es, la lucha conjunta volvió posible y deseable hacerle frente al complejo industrial de la belleza normativa blanca, abriendo paso a nuevas formas placenteras de habitar los cuerpos. Convirtiendo, cabría decir, el deseo trans en una experiencia de masas. Por lo tanto, los contextos militantes pueden brindar las condiciones materiales para una no-cisidad expandida.

A partir de estos ejemplos, quisiera proponer una segunda hipótesis de lucha: *El «tacto» de la política anticapitalista reproduce nuevas modalidades de ser corporales e intersubjetivas.* Esto quiere decir, por chocante que pueda resultar de primeras, que no hay nada sustancial que diferencie las relaciones de apoyo mutuo y cuidado que hacen posible y deseable una vida contra la normatividad de género de las redes militantes que nos llevan a primera línea de un desahucio, aún a riesgo de sufrir violencia policial. Porque sabemos que no estamos soles. Entonces, las transformaciones que pueda acoger nuestro cuerpo frente a la cisidad son análogas a la multiplicación de fuerza que este adquiere al sumarse a otros cuerpos en una barrera humana durante una protesta⁶. Momentos en que somos *tocades* por otros en la lucha. La única distancia real entre ambos es que uno de ellos todavía permanece sin nombrarse como una acción política. Sin dotarse, por tanto, de una mediación política organizativa. Pero esto puede cambiar. Desde las filas revolucionarias tenemos la capacidad de impulsar una praxis transfeminista del contagio⁷. Una en la

6 Agradezco a mi camarada Rubén Burgos esta imagen.

7 Cabe matizar que nuestra reapropiación del contagio no puede ser acrítica. Esta ha de partir de una orientación comunista de la salud, así como de una memoria colectiva queer y anticolonial de la lucha contra el sida y otras epidemias empleadas como violencia estatal contra poblaciones sobrantes. No se trata de banalizar los efectos físicos indeseados e incluso letales de los procesos de enfermedad, sino de derribar la arqueología moral y necropolítica sobre las que se erige la gestión capitalista de quienes son consideradas enfermes. Como dijeron las camaradas del SPK: hacer de aquello con lo que

que todos y todas nuestras camaradas puedan luchar contra la cisidad, al tiempo que se garantizan las condiciones materiales para ello. Es hora de afiliarse a la amenaza transexual.

Hoy I. me ha traído a la asamblea una «colada femme», esa ropa que yo no puedo lavar en casa mientras viva con mis padres. Contagio. Contagio. Contagio.

Por un transfeminismo excedente

En tiempos de crisis puede resultar tentador sacrificar a algunas de nuestras compañeras de lucha más impopulares. Esto se hace con la vana esperanza de obtener algunas migajas de lo que podrían ser nuestros derechos, o tal vez un trato preferente en la clemencia de los reaccionarios. Comencemos por aclarar esto: La falta de solidaridad no va a salvarnos, quienes quieren destruir los mundos libres por los que estamos luchando no serán clementes. Por lo tanto, los llamados reformistas a “dar una buena imagen” (normativa) ante el estado no solo son excluyentes, sino también una vía política muerta en tiempos de autoritarismo, así como de crecimiento del alcance social e institucional de las extremas derechas. Podríamos pensar que este es un mal endémico de la política progresista liberal y que, por tanto, nunca encontraremos una actitud similar en quienes más abiertamente se distancian de ella. Sin embargo, las olas reaccionarias también dejan su propia resaca en las filas de la izquierda anticapitalista. Así, algunos de los tropos más conservadores y de los miedos estratégicamente instigados por la clase dominante pueden acabar reproduciéndose en comunidades y personas en principio antagónicas con el sistema. Frente a esto, yo quisiera defender un transfeminismo revolucionario enfrentado a las políticas burguesas de la respetabilidad y la desechabilidad, aquellas que delimitan qué sujetos marginalizados merecen o no ser acogidos en la lucha.

En su manifiesto *Comunismo de la salud*, los teóricos anticapacitistas Beatrice Adler-Bolton y Artie Vierkant actualizan y se reapropian de un concepto clásico de Marx y Engels: el excedente. En su lectura, los excedentes o poblaciones desechables son 1) aquellas personas que quedan excluidas de una mayoría de los derechos que ofrece el capital, 2) que son leídas socialmente como una carga económica y 3) cuya inutilidad para generar beneficios mediante el trabajo asalariado ha dado pie a nuevos procesos de acumulación, basados en la gestión industrial de sus propias vidas. Esta es una definición necesariamente fluida e históricamente cambiante. Puede incluir, según el contexto, a las personas discapacitadas, a las locas, a las enfermas crónicas, a las presas, pero también a las migrantes en situación irregular, a las trans, a las trabajadoras sexuales, a las sintecho, a las represaliadas políticas, etc. Quizás la más brutal demostración del carácter excedente de una población para el capitalismo racial la podemos encontrar hoy en el genocidio y la destrucción colonial del pueblo palestino. En definitiva, todas aquellas vidas sobrantes para el sistema constituyen su ejército excedente.

Desde la emergencia del capitalismo como modo de producción y formación social, el binarismo trabajador/excedente ha sido responsable de socavar la solidaridad entre las desposeídas, marcando a una gran parte de estas como desechables. Por ello, plantean los autores, “un verdadero desafío al capitalismo requiere que nuestros proyectos políticos tengan y mantengan al excedente en su centro”. Se trata de

nos enfermaron un arma contra su orden.

un hermoso compromiso revolucionario: construir un mundo en el que nadie es desechable. Esto pasa ineludiblemente por combatir de forma enérgica todo miedo a la otredad e impulso de higienización, venga de donde venga. Los pánicos morales de la burguesía, al igual que las relaciones de dominación en las que se apoyan, actúan de forma interconectada. No podemos ocuparnos del pánico antitrans sin construir solidaridades con los excedentes que producen todos los demás.

Estos nos inculcan desde arriba a qué vidas de las clases explotadas y oprimidas hemos de temer. Es así que las mujeres que rechazan la domesticidad no-asalariada se convierten en las brujas del pueblo, los hombres gays y bisexuales que desbordan un ideal normativo se transforman en depredadores al acecho de criaturas inocentes, les menores migrantes no acompañados se tornan una masa peligrosa que siembra el terror entre los trabajadores honrados, las mujeres trans devienen temibles acosadores ocultos en baños públicos, los comunistas se vuelven, por excelencia, la encarnación del mal. Lo irónico en estas historias de terror es que, en realidad, son todos aquellos sujetos quienes sufren una violencia desproporcionada por parte del capital, quedando marcados como población sobrante cuya abyección sirve para disciplinar al resto de la clase trabajadora. Nos inculcan desde arriba a qué vidas de las clases explotadas y oprimidas hemos de temer, y la razón es que, mientras sus miedos fabricados nos fragmenten, seremos incapaces de forjar su mayor y verdadero pánico: Una unidad en la diversidad, internacionalista y socialista, que se constituya como contrapoder a su orden social.

Sobre la base de estas solidaridades múltiples, pienso que un transfeminismo que busque ser universalmente emancipador necesita expresarse en coordenadas abiertamente antimoralistas, anticarcelarias y antipuritanas. En este sentido, la popularización de consignas tales como “El kink fuera del orgullo”⁸ –esta palabra nombra el conjunto de sexualidades no normativas y en este caso se refiere a aquellas personas que marchan con atuendos de cuero, máscaras de perro, trajes de peluche, monos de látex o arneses en el pecho– abre la puerta a una agenda de control y limpieza de la esfera pública en la que las disidentes de género solo podemos salir perdiendo. En su lugar, nuestra lucha ha de estar preparada para ofrecer un programa alternativo. Frente al pánico propietario a la okupación, nosotres podemos oponer lo mejor de nuestra tradición política queer, como fue el proyecto de la casa S.T.A.R. en Nueva York. En ella, militantes trans y travestis mayores de la mano de Marsha P. Johnson y Sylvia Rivera acogieron a jóvenes sin hogar, muchos de los cuales eran disidentes sexuales y de género expulsados de sus hogares, proveyéndoles de comida, ropa, amistad y solidaridad política.

Frente a la problemática innegable que se abre para muchas personas queer de clase trabajadora con los circuitos de *chills* y *chemsex*, podemos aprender de las comunidades negras y latinas revolucionarias como los *Young Lords* puertorriqueños y el Partido Pantera Negra. Ellas articularon diversas prácticas de reducción de

8 Por supuesto, las formas en que el erotismo no-normativo se expresa en contextos amplios han de ser ética y políticamente negociadas e, indudablemente, la exposición a actos explícitos requiere transmitir un consentimiento previo en sus diversas formas –como ocurre en las fiestas BDSM o las zonas de cruising–. Esto es muy distinto a tratar de borrar de nuestras calles y nuestros movimientos a aquellos sujetos que, sin hacer realmente ningún daño, incomodan con su presencia transgresora (no dejemos de preguntarnos por qué). De hecho, ese fue justamente el argumentario del que se sirvieron los estados capitalistas para criminalizar y perseguir a personas trans y travestis durante el siglo XX.

daños y acompañamiento en procesos de adicción, destacando la autogestión del *People's Detox* (Desintoxicador del pueblo), un espacio para el cuidado colectivizado de personas drogodependientes. Pero también, a un mismo tiempo, denunciaron cómo la «guerra contra las drogas» era una estrategia para reprimir la fuerza de los movimientos anticoloniales y encarcelar a sectores enteros de población excedente racializada por el hecho de serlo. A este respecto, el [Movimiento Marika de Madrid](#) denunciaba recientemente la hipocresía de las instituciones capitalistas, dado que si estuviesen verdaderamente preocupadas por las personas queer drogodependientes, entonces “invertirían en salud y en recursos de acompañamiento, no en perseguirnos y meternos miedo”.

También nos meten el miedo hacia la clase trabajadora excedente migrante y racializada. Nos dicen que «sus culturas» (concepto homogeneizador que niega la mezcla y la diversidad) son un peligro para los derechos LGTBI en occidente, cuya noción de progreso presenta el racismo de nuestros estados imperialistas como la legítima defensa contra una «amenaza civilizatoria». Nos dicen que solo la europa-fortaleza blanca puede protegernos de las palizas al grito de travelo e, incluso, llegan a justificar un genocidio bajo este pretexto que la teórica queer Jasbir K. Puar denomina homonacionalista⁹. Sin vergüenza alguna, estos llamamientos atemorizantes salen de las bocas de la extrema derecha. La misma derecha reaccionaria cuya presencia institucional ha aumentado exponencialmente las agresiones lgtbiq-odiantes, la misma que elimina los pocos derechos sociales arrancados por la lucha trans, la misma que enaltece un régimen fascista en el que las disidentes sexuales y de género de la clase trabajadora fueron, como tantas otras, criminalizadas, expulsadas de la vida pública, encerradas, torturadas, selectivamente asesinadas y —aún a día de hoy— nunca reparadas. No debemos escuchar ni una de sus palabras, cargadas con el veneno de quienes se saben productores del excedente. Frente a ellos, invoquemos las palabras de las camaradas de *Third World Gay Revolution*, coalición comunista de gays y lesbianas racializadas surgida en los años setenta: “La lucha de los pueblos del mundo es también nuestra lucha; sus victorias serán nuestras victorias y nuestras victorias serán las suyas. Nuestra libertad sólo llegará cuando todes seamos libres”¹⁰.

Hay un último frente de las luchas trans en curso donde buscan dividirnos mediante el pánico moral: el acceso a los medios de transición corporal. Periódicamente, surgen discursos que tratan de vincular la realidad trans con el espectro de las neurodivergencias. Esto ha dado pie a dos respuestas reaccionarias. La primera, justificar que las personas señaladas como enfermas mentales no deberían tener acceso a procesos de transformación corporal elegida, dado que sus deseos trans son el fruto de un estado enajenado. La segunda, que ciertos activismos trans busquen desmarcarse a toda costa de la sombra de la locura, creando así una diferenciación entre un grupo de personas trans legítimas y merecedoras de atención médica, y un grupo excedente de enfermes mentales sin derecho a autodeterminar las formas en que quieren vivir su género. Convendría no olvidar que la no adecuación a la cisidad ha sido, en sí misma, interpretada por los estados capitalistas como un signo de desorden mental. La vinculación entre la neurodivergencia y la transidad, lejos de preocuparnos, podría suponer una apertura a la solidaridad, enriqueciendo nuestras demandas y horizontes de lucha.

9 Agradezco a Ricardo Robles su revisión de este párrafo.

10 Traducido en el plural n.º 197 de *Viento Sur*.

Podríamos aprender aquí de los marcos más radicales de la lucha contra el sida. Por ejemplo, colectivos marikas como EHGAM (Euskal Herriko Gay-Les Askapen Mugimendua) que, enfrentándose al estigma, se definieron como un movimiento seropositivo, independientemente de si sus integrantes convivían o no con VIH. O también de la experiencia de coordinación entre las luchas antiapartheid y LGTBI en Sudáfrica por la abolición de las patentes en los tratamientos antirretrovirales. Siguiendo, pues, estas dinámicas políticamente amplias podríamos formular una nueva demanda: *Transición para todes*. Esto pasaría, en primer lugar, por oponernos a las listas de espera para el acceso a tratamientos transafirmativos bajo el pretexto de «evaluar la salud mental» de quienes los soliciten. Pero también, como horizonte más integral, por reivindicar el fin del desabastecimiento, una redistribución (y posterior socialización) de los medios de transición, favoreciendo un acceso universal a analíticas, así como a otros conocimientos específicos sobre la salud trans que maximicen nuestra capacidad de agencia corporal. En definitiva, redefinir la autodeterminación, así como la experimentación en y contra el género, como una posibilidad abierta, no exclusiva y no excluyente.

Estos son solo unos pocos ejemplos de cómo podríamos articular una ofensiva transfeminista frente a algunos de los pánicos morales de nuestro tiempo, pero son muchas más las modalidades de lucha y las formas de creatividad antireaccionaria de las que podemos servirnos. Corresponde a los procesos vivos militantes seguir pensando en común esta tarea. De ello depende nuestra capacidad para enfrentar al capitalismo hoy. En medio de una ola reaccionaria, es de vital importancia que las izquierdas anticapitalistas defendamos con uñas y dientes a aquellas vidas de la clase trabajadora más estigmatizadas (también dentro de los espacios izquierdistas, queer y feministas) en base a la moral burguesa: trabajadoras sexuales, migras y racializadas, loques, yonquis, kinksters y bedesemeres, lisiades, compañeres trans y travestis que no pueden o no quieren tener passing, okupas, furrys, promiscues, mangantes de supermercados, ancianos, sidoses, sintecho, preses, *lolcows* (personas de las que la extrema derecha se ríe en internet) autistas con pelos de colores, excedentes de todo signo y portadores de la barbarie¹¹. No hace falta ser ninguna de estas personas para extender nuestra solidaridad. Se trata únicamente de entender que, mientras consigamos mantenernos divididos, no podremos más que tan solo soñar con ser libres.

He pasado esta semana en casa de P. y nunca antes me había sentido tan libre. He podido expresarme en todo momento según deseaba. Contagio. Contagio. Contagio. Contagio.

Si os paráis a pensarlo, la acción misma de lo trans, de partir juntas de un destino no elegido, no es tan desconocida para las luchas revolucionarias. A través de estas nos alejamos paso a paso de un orden de explotación y dominación, de *este lado* [la raíz etimológica de 'cis'] que nos dijeron que era el único que podíamos habitar. En ese proceso, que algunos llamamos militancia, construimos rutas colectivas hacia mundos diferentes. Si os paráis a pensarlo, la posibilidad trans y la conciencia socialista ya comparten una gran intimidad poética. Entonces... ¿Por qué no dar juntas vida política a las pesadillas de la extrema derecha?

11 Algunas autoras anticoloniales como Louisa Yousfi y Carolina Meloni proponen que la lucha anticapitalista se reapropie de la figura del bárbaro.



Guerrilla Travolaka (2007). Fuente: Archivo-T

FASE II - TRANS/MISIBILIDAD

Hoy V. me ha dicho que siempre me afeito muy mal y que eso le parece algo muy atractivo en mí. Contagio. Contagio. Contagio. Contagio. Contagio.

Cartografías reaccionarias: ¿Quién es quién en los feminismos que nos hieren?

En nuestro día a día, son numerosos los espacios de la lucha de clases en los que disputamos la liberación de género y la abolición de la cisidad. Pero quizás uno de los principales es el movimiento feminista. Este movimiento, plural y contradictorio, también está atravesado por el antagonismo entre expropiadores y expropiados. Siendo así, encontraremos en él posturas expresamente feministas que, sin embargo —y como advierte la pensadora transfeminista socialista Sophie Lewis—, reflejan posiciones enemigas. Hay, por mucho que no lo queramos considerar tal, un feminismo supremacista blanco, un feminismo carcelario, un feminismo antiderechos, un feminismo explotador e incluso un feminismo genocida. Sin embargo, debido al carácter de masas y la necesaria amplitud de este movimiento, también podremos toparnos con perspectivas políticas que no llegan a encontrarse, puentes a medio construir entre conceptos y tradiciones, diferencias tácticas y estratégicas reseñables, lagunas experienciales y teóricas que pueden frustrar los intentos de comunicación, formas de expresarse menos protocolarias, grandes distancias generacionales y disensos enconados. Todo esto cabe en los feminismos anticapitalistas y no convierte a una persona en enemiga.

En esta línea, una de las divisiones más encarnizadas de los últimos años en los feminismos ha sido la abierta por la reacción antitrans. A partir de ella, encontramos en un lado a pensadoras con poder institucional y muy hostiles a la liberación queer y trans, a quienes a veces se les suman activistas feministas más clásicas que, sin conocer de primera mano esta realidad, han aprendido en cámaras de eco que es incompatible con los derechos de las mujeres. Pero, por otro, también a compañeras militantes que intuitivamente se reivindican como transfeministas, aunque a menudo

reducen su significado a oponerse éticamente a la exclusión de las mujeres trans. Esto, a mi parecer, conlleva dos aspectos a ser problematizados.

El primero es que la corriente del transfeminismo —apoyándose en los feminismos chicanos, negros y lésbicos— ha ofrecido críticas significativamente más expansivas al sujeto político Mujer. Este sujeto monolítico, planteamos, tradicionalmente ha servido como pretexto para dejar atrás las condiciones materiales y deseos de quienes no experimentan la opresión solo en calidad de mujeres: quienes no habitan la feminidad blanca, cisheterosexual, propietaria, neurotípica, productivista, regularizada, etc. De ahí que la propuesta del transfeminismo sea una de ampliación del sujeto político, tal y como han venido haciendo las compañeras de América Latina mediante conceptos como el de “mujeres y disidencias”. Sin embargo, una interpretación reduccionista del concepto de «transfeminismo» puede llevar, de hecho, a justificar la exclusión de personas que siempre fueron parte de una forma u otra de la lucha feminista, como es el caso de las transmascarulidades y las marikas.

El segundo aspecto que quisiera problematizar es uno de cultura y método políticos. A priori, es algo progresivo que compañeras feministas integren en su ética militante la necesidad de combatir los discursos y prácticas transexcluyentes. Sin embargo, no es suficiente para hacer de los feminismos anticapitalistas un puesto de avanzada en la liberación trans. Confío en que, a estas alturas del artículo, ha quedado claro mi compromiso con este horizonte, por lo que espero que esta crítica pueda entenderse de forma constructiva y camaraderil. Si queremos salir victoriosos, la transidad tiene que dejar de ser una cuestión meramente ética —acaso burocrática— para pasar a ser una conversación política dentro de los feminismos.

Según mi experiencia, son muchas las compañeras del lado transinclusivo que mantienen dudas irresueltas sobre las políticas trans, queer y no binarias. Dudas que, en ocasiones, podrían coincidir con las de quienes se han terminado por acercar a los feminismos hostiles a lo trans e, incluso, con algunas hipótesis de las políticas queer radicales. Preguntas que han aprendido que debían acallar si querían convertirse en «buenas aliadas», tal y como exigen las infografías de activistas trans liberales en Instagram. Es el momento de que esto cambie. Por un lado, porque los marcos interpretativos del liberalismo trans ofrecen una visión fetichizada del género que es incompatible con una lucha que busque superar las relaciones sociales capitalistas. Por otro, porque la liberación trans y queer requiere de un movimiento abierto al cuestionamiento de lo establecido, uno que fomente la capacidad de pensar de forma crítica y que anime a un debate democrático, dentro de unos mínimos de respeto. Es por ello que, a mi parecer, esta división actual de los feminismos no es en modo alguno útil para confrontar la contrarrevolución cis. No lo es porque cierra en falso disputas que son enriquecedoras y, además, mezcla posiciones feministas enemigas con aquellas que, por mucho que puedan causarnos una profunda incomodidad, por el momento no lo son.

Poder identificar mejor las tendencias reaccionarias dentro de los feminismos es una tarea apremiante. En el caso particular de la opresión trans, esto implica que podamos diferenciar a quienes se han encuadrado en proyectos que buscan conscientemente la intimidación y el empeoramiento de nuestras condiciones de vida de quienes no. Esta delimitación no ha de entenderse como una forma de desresponsabilizar a aquellas otras personas cuyas formas de hacer política feminista nos hieren, sino que parte

de una necesidad estratégica. Los feminismos pueden ser una de las puntas de lanza en la lucha contra la ola reaccionaria, y esto requiere que seamos capaces de unir coordinadamente nuestras fuerzas. Por si este trabajo no fuese difícil, además estamos construyendo el movimiento a contratrama. De esta suerte, la tendencia general es la de un desplazamiento a posiciones derechistas, incluso dentro de aquellas luchas que han protagonizado grandes hitos liberacionistas en el pasado, como fue el caso de las huelgas feministas. Esto supone, entre otras cosas, que aquellas compañeras que demos por perdidas antes de tiempo, quienes sean tratadas como enemigas de forma prematura, probablemente terminen acercándose —impulsadas por el oleaje— a posturas reaccionarias. Pero la verdad es que no siempre estuvieron allí, y no es el momento de refugiarnos en un purismo que resulta tan autocomplaciente como paralizante. En su lugar, hemos de poder ganar todas las fuerzas posibles a nuestro lado contra nuestros enemigos, dentro y fuera de los feminismos. Este es un paso de tantos mediante el que construir juntas la unidad de clase.

Con este fin, quisiera ofrecer una pequeña caja de herramientas conceptuales para la lucha. De forma tentativa, propongo diferenciar cuatro expresiones hirientes que podríamos encontrar (pero no solo) en el movimiento feminista: las posiciones cisnormativas pasivas, transodiantes, transexcluyentes y antitrans. Quizás sean sutiles sus diferencias y, ciertamente, estas han de entenderse de una forma entremezclada y dinámica. Pero ese dinamismo es importante, dado que nos permite trazar las líneas en donde se agota la solidaridad, así como evitar que las dudas razonables terminen por cristalizar en marcos violentos. Quizás se trate de una cartografía imperfecta pero pienso que, a veces, es preferible acoger el riesgo de no atinar con algo que el de no intentar hacer política.

En primer lugar, la cisnormatividad pasiva es una mirada estructural y estructurante de la sociedad capitalista. Esta puede implicar que alguien no tenga a priori en consideración las realidades trans, presuponer un marco binario del género, vulnerar de forma involuntaria una identidad escogida (por ejemplo, equivocarte con los pronombres de alguien), desechar del deseo a los cuerpos menos cisnormativos o tomar por naturales ciertos mandatos de la masculinidad y la feminidad. Dado que este enfoque es reproducido en todos los niveles de la vida cotidiana, en mi opinión no debería ser visto como una barrera para la solidaridad y la camaradería.

El transodio, sin embargo, nombra una aversión específica a todo lo que se sale de lo cis. Este puede adoptar formas más silenciosas, como un rechazo visceral a coincidir con personas trans y disidentes de género o el temor a convertirte en una de ellas, pero también puede llegar a la burla, la deshumanización y las agresiones más explícitas. Quienes participan de estas prácticas están eligiendo afiliarse a una política violenta y reaccionaria. Sin embargo, puede haber muchas y diversas razones por las que alguien podría acabar reproduciendo el transodio (como tener que sobrevivir en un entorno muy conservador o un autorechazo interiorizado), de forma más o menos consciente. Por ello, habrá ocasiones puntuales en las que la solidaridad se vuelva posible; especialmente si una persona se muestra abierta a dejar de reproducir dichas dinámicas una vez se le han confrontado.

Las posiciones transexcluyentes son un fenómeno reducible al movimiento feminista. Esto las vuelve más complejas de definir, dado que en ellas conviven diferentes tradiciones teóricas e inquietudes personales y colectivas. Tomad, pues, esto como

unos apuntes provisionales. En el plano de su contenido ideológico podríamos decir que se trata de un marco esencialista del género, sobre el cual se construye un cierto «nacionalismo» político de las mujeres (asignadas como tal al nacer). Atendiendo a sus métodos, las feministas transexcluyentes acostumbran a homogeneizar contextos que son plurales, ignorando selectivamente las experiencias concretas de las personas trans y las miradas más críticas de su liberación. Además, suelen reproducir una lógica autoritaria e ilustrada de tutela hacia quienes consideran incapaces de liberarse en sus propios términos (personas trans, trabajadoras sexuales, mujeres no occidentales, etc). En un plano afectivo, estas posturas recogen un cierto miedo – honesto pero injustificado– a todo aquello que se desvía de la «naturaleza femenina», así como un deseo de protección que tiende a un marco conservador de la seguridad.

Como tal, una posición transexcluyente no tendría por qué implicar transodio – aunque muchas veces van de la mano–, dado que se trata más bien de una perspectiva estratégica con respecto a los espacios feministas, la cual conlleva la exclusión de las feminidades no-cis de este ámbito. Esto no quiere decir que no sea un fenómeno regresivo, o incluso violento, pero me parece importante distinguirlo de los feminismos que participan conscientemente en la deshumanización y persecución de las personas trans. Algunas veces las personas que reproducen estas perspectivas parten de dudas razonables y de una ausencia de pedagogía que, al encontrarse, adopta una forma reaccionaria. Otras, llegan a las mismas como resultado de una interpretación reduccionista (que simplifica un problema complejo) de experiencias muy dolorosas relacionadas con la dominación patriarcal. Por ello, pienso humildemente que allí donde encontremos empatía y disposición a la autocrítica, la solidaridad también será posible.

Por último, las posturas antitrans dan nombre a una línea política abiertamente reaccionaria. Esta se encuadra en la agenda global de las extremas derechas y su proyecto no es otro que la erradicación de la posibilidad trans, esto es, eliminar a las personas trans y no binarias de la esfera pública. Así, las políticas antitrans reproducen una narrativa del peligro en torno a las disidentes de género, convirtiéndolas en chivos expiatorios en tiempos de crisis. Además, legislan activamente contra el acceso a derechos que son fundamentales para el colectivo trans, criminalizan su existencia cotidiana, exponen deliberadamente a personas vulnerables en sus redes sociales y legitiman situaciones de tortura a manos de familiares y profesionales conservadores. En definitiva, se trata de una expresión militante de autoritarismo eugenésico. La reacción antitrans es un movimiento enemigo y, por tanto, con ella no hay ni habrá nunca solidaridad posible. De hecho, el combate abierto a este fenómeno no es una tarea reservada a los feminismos anticapitalistas, sino que es una necesidad política antifascista del siglo XXI.

Espero, pues, que este pequeño mapa de las posiciones que nos hieren en los feminismos resulte políticamente útil o permita dar algún tipo de avance deseable. Como todo, su validez tendrá que demostrarse en la propia lucha, en el proceso vivo de nuestra autoorganización. A mi parecer, en esta cartografía podemos hallar tres potenciales para construir una alternativa transfeminista anticapitalista. En primer lugar, esta puede aportar algo de claridad en los procesos de radicalización derechista de quienes en algún momento han sido nuestras compañeras de asamblea o colectivo. Como apuntaba anteriormente, estas cuatro categorías no son estancas y se encuentran en constante intercambio y movimiento. Esto nos permite identificar

las oportunidades para hacer pedagogía y trabajo conjunto a la contra de un eventual giro reaccionario por parte de espacios o personas que todavía confían políticamente en nosotros.

En segundo lugar, considero que esta pequeña clasificación favorece a la constitución de un sujeto feminista antireaccionario más amplio. Al plantear que no todas las actitudes, comentarios y enfoques que nos hieren deberían implicar de forma automática un estatus de enemigas, pretendo recomponer las fuerzas del movimiento. Esto, en modo alguno, ha de entenderse como una carta blanca para que se sigan reproduciendo dinámicas dañinas desde la dominación cis. Se trata, en su lugar, de una invitación a confrontar tales dinámicas desde otro lugar, en calidad de compañeras que todavía tienen todo por aprender y un mundo por ganar. Finalmente, desde un planteamiento más prefigurativo (comenzar a construir las relaciones sociales futuras), creo que es necesario dejar espacio para que compañeras feministas (leídas como) cis puedan dialogar en términos políticos con la liberación trans, hacer(se) preguntas en torno a ella, criticar de forma respetuosa sus diversas hipótesis y, por qué no, dejarse seducir por su tacto. Porque ¿Quién dijo que la lucha feminista estuviese a salvo del contagio?

He pasado la noche en la casa-mazmorra de MJ. En un momento en el que he sentido más disforia por el vello, ella me ha vestido con el arsenal más putón y femme de su armario. Contagio. Contagio. Contagio. Contagio. Contagio. Contagio.

Self-organize the dolls

En enero de 2025, la administración de Donald Trump declaró la guerra a las personas trans y no binarias de los estados unidos, consolidando una ofensiva legislativa ya iniciada por distintos gobiernos federales. Lo hizo mediante una serie de órdenes ejecutivas, las cuales –entre otras medidas regresivas– impedían su participación en competiciones deportivas, prohibían a les menores el acceso a bloqueadores hormonales, eliminaban el género elegido de los visados y cortaban toda financiación pública destinada a procesos de transición y campañas de apoyo a la comunidad trans¹². En respuesta a esta serie de ataques, el diseñador de moda Conner Ives presentó en su nueva colección una camiseta blanca en la que podía leerse “*Protect the Dolls*” (Protege a las muñecas). Esta expresión había sido recuperada de la cultura *ballroom* de los años ochenta, espacios clandestinos en los que transfeminidades de clase trabajadora y racializadas generaron múltiples redes de apoyo, disfrute y supervivencia. Pero no fue hasta que el (encantador) actor Pedro Pascal lució dicha camiseta que este lema alcanzaría una gran popularidad, convirtiéndose en un grito colectivo de masas frente al asalto a los derechos trans a nivel global.

Esta expresión de solidaridad extendida es, no cabe duda, una victoria. Frente a gobiernos reaccionarios que tratan de convertir a las personas trans en excedentes, una multitud

12 En el momento de publicación de este texto la situación en estados unidos se ha agravado mediante la criminalización explícita del antifascismo. En este escenario, ha quedado abierta la posibilidad de aplicar legislación antiterrorista a las personas y los activismos trans bajo la figura del “Transgender Ideology-Inspired Violent Extremism” (Extremismo violento inspirado en la ideología transgénero), propuesta a la administración de Donald Trump desde la Heritage Foundation. Está por ver qué consecuencias tiene esta escalada de la persecución anti-trans en la vida y las luchas de quienes desafían la cisnorma, y qué redes internacionalistas de apoyo pueden surgir en solidaridad.

se niega a permanecer imposable. Contra todo pronóstico, en un tiempo marcado por los valores individualistas y competitivos del neoliberalismo, la camaradería se abre paso entre las ruinas. Quienes se encuentran menos directamente atravesados y atravesadas por aquella violencia social e institucional deciden tomar la palabra para acompañar los deseos y la supervivencia trans. Quisiera, pues, tomar este eslogan como un punto de partida para la lucha política, pero al mismo tiempo expandirlo.

Para ello, creo que puede ser enriquecedor comenzar por evidenciar algunas de sus limitaciones. En primer lugar, el propio concepto de “*dolls*” no es lo suficientemente amplio. Aunque esta palabra nombrase originalmente a mujeres trans y travestis proletarizadas, latinas y negras, su uso actual ha terminado por poner el foco en un tipo específico de cuerpos transfemeninos, comúnmente blancos, delgados, binarios y atravesados por privilegios de clase —como han señalado desde los activismos antirracistas. Además, en un principio esta palabra solo fue pensada para acoger las experiencias femme, una de tantas realidades trans bajo el asedio reaccionario. Así pues, y hasta que demos juntas con algo mejor, propongo que extendamos su significado a «muñequés», pudiendo albergar un sujeto político trans más diverso. Uno que incluya a las transmasculinidades, a las personas no-binarias y, en general, a todo tipo de cuerpo desobediente a la cisnorma.

En segundo lugar, el verbo «proteger» deja tras de sí cierta impotencia política, pues apunta a una incapacidad para organizarnos contra la opresión en nuestros propios términos. Ahora bien, la vulnerabilidad específica de las personas trans y no binarias proletarizadas en este contexto es algo desgarradoramente real, por lo que no encontraría en absoluto deseable un rechazo a la camaradería. Entendiendo el lugar del que parten respuestas del tipo de «No necesitamos que nadie nos proteja», hemos de abandonar los impulsos más separatistas, ya que solo nos dejarán más aislados en un escenario de creciente brutalidad a todos los niveles contra nuestras vidas. Porque no, tal vez no necesitemos a nadie que nos «proteja» (y este verbo ha ido comúnmente asociado a una asistencia no-consentida y basada en relaciones de propiedad, por parte de la familia, el estado y la policía entre otros), pero sí necesitamos cuidados, compañía política y el apoyo enérgico del resto de las explotadas y oprimidas del mundo. Esto no es incompatible con la posibilidad de agencia militante, de encabezar procesos de lucha en los que escojamos nosotres mismas las vías de nuestra emancipación. De autoorganizar a les muñequés.

La autoorganización es un concepto central de la política socialista revolucionaria. Esta noción implica que la clase trabajadora y las oprimidas no necesitan de ningún agente externo para tomar decisiones que afecten a los aspectos más fundamentales de su vida cotidiana. Se trata de la construcción de una institucionalidad propia, desde abajo y democrática, a través de la cual las masas irrumpen en el gobierno de sus propios destinos —empleando los términos de Trotsky. En este sentido, los espacios de autoorganización son imprescindibles para poder acoger toda la diversidad de realidades, deseos y demandas del conjunto de las desposeídas, pero también como ensayos de un poder alternativo. Una suerte de crisálida donde comienzan a tomar forma las relaciones socialistas. El ejemplo histórico más conocido de este tipo de instituciones es el de los consejos obreros llamados soviets. Estos llegaron a convertirse en el germen de nuevas formas de coordinación, planificación y deliberación para el conjunto de la sociedad durante la Revolución de Octubre.

Así pues, una respuesta transfeminista y anticapitalista frente a los ataques reaccionarios también puede ser autoorganizada. Podemos comenzar a enfrentar nuestra opresión uniéndonos entre nosotres, dotándonos de estructuras de lucha estables en el tiempo en las que poder convertir nuestras necesidades en demandas y nuestras demandas en planes de acción conjunta. Por ejemplo, el colectivo de SuminTrans surgió en Bilbo para dar una respuesta colectiva a las violencias ejercidas por los psiquiatras de la Unidad de Identidad de Género local. Les y las compañeras de Poder Popular Trans han levantado en Barcelona un casal autogestionado que sirva como espacio de encuentro para los diversos sectores y personas del movimiento. Existen numerosas redes de apoyo y grupos de telegram en los que los procesos de transición se convierten en una experiencia socializada. Estos podrían ser los cimientos de una autoorganización trans y no binaria a mayor escala, desde donde pasar a la ofensiva y disputar juntas la vida que queremos.

No obstante, habrá quien piense que no tiene sentido dedicarle esfuerzos militantes a la liberación trans, dado que se trata de una lucha que actualmente agrupa a un número muy limitado de personas. A esto cabría responder, en primer lugar, que basta un breve vistazo a la juventud que hoy se organiza en coordinadas anticapitalistas para comprobar que una gran parte de ella se siente directamente interpelada por la opresión cis. Pero también, en segundo lugar, que no es así como entendemos la lucha política las y les comunistas. Nosotres aspiramos a ser tribunes del pueblo. Lenin nos enseñó que el conjunto de las contradicciones del sistema capitalista puede llegar a condensarse, en un momento dado, en cualquiera de los conflictos abiertos de nuestro presente¹³. Es decir, la lucha de las personas trans tiene –como cualquier otra frente a la dominación– el potencial de convertirse en una plataforma para la emancipación del conjunto de la humanidad. Pero ¿Cómo podríamos lograr esto?

Desgraciadamente, no existen recetas mágicas para convertir nuestras luchas del día a día en saltos de conciencia revolucionarios. Sin embargo, sí podemos extraer algunos aprendizajes de las experiencias victoriosas que nos preceden. Uno de los elementos clave de la huelga feminista de 2018 fue, siguiendo a teóricas de la reproducción social como Cinzia Arruzza y Tithi Bhattacharya, su capacidad para convertir a los feminismos en portadores de un programa de transformación radical abierto al conjunto de las explotadas y oprimidas. Aún con sus limitaciones, este era el deseo político detrás del así llamado «Feminismo del 99%». En otras palabras, si las demandas feministas que fueron invocadas aquel 8 de marzo fuesen llevadas a sus últimas consecuencias, esto implicaría un cambio profundo en la vida de todas las personas de la clase trabajadora y excedente. Un cambio que, probablemente, requeriría enfrentar de forma directa la explotación, el racismo, la guerra imperialista, la colonialidad, la cisheteronormatividad, el capacitismo, la mercantilización y privatización de la reproducción social, el desastre ecológico, etc. En definitiva, enfrentar al sistema capitalista en su totalidad.

Creo que esta es una de las principales tareas que tenemos por delante con respecto a la liberación trans. Hacer de nuestra lucha el puente hacia una emancipación universalista. En definitiva, que la acción política y las demandas que surjan de nuestra especificidad, de nuestra experiencia cotidiana como personas trans y no

13 Para un mayor desarrollo de la cuestión recomiendo este texto de mi camarada Julia Cámara: <https://vientosur.info/estrategia-anticapitalista-y-la-cuestion-de-la-organizacion/>

binarias de clase trabajadora, proyecten horizontes de transformación amplios. Que vayan más allá de nosotres mismas.

Así, cuando pensamos en la lucha contra el desabastecimiento de hormonas y la falta de investigación específica en salud trans, esta puede ampliarse a una lucha por el acceso universal a la sanidad, contra la privatización de la producción farmacéutica y por la justicia reproductiva. Cuando pensamos en el derecho a la elección de nuestro nombre, este puede abrirse, por ejemplo, a personas represaliadas, supervivientes de abusos y a quienes han sufrido el borrado colonial de sus lenguas. Cuando pensamos en reivindicar una máxima facilidad en el acceso a documentos una vez hemos cruzado más allá del género que nos impusieron, esta puede extenderse a toda persona que ha cruzado una frontera. Cuando construimos espacios artísticos y de ocio autogestionados donde poder ser quienes queremos ser libremente, estos pueden abrir sus puertas a las vecinas de nuestros barrios y pueblos. Cuando exigimos el fin de las intervenciones médicas no consentidas a personas intersex, esta medida puede expandirse a todes les que hoy sufren un trato similar, como es el caso de las personas psiquiatrizadas. Cuando defendemos la capacidad de les menores trans de tomar decisiones —acompañadas e informadas— sobre sus propios cuerpos, esto puede llevarnos a cuestionar cómo el capitalismo priva de agencia a quienes infantiliza (como las personas discas o dependientes). Cuando okupamos un piso en desuso porque en nuestra casa familiar no podíamos vivir el género de la forma en que deseamos, ese deseo puede acoger una lucha ampliada para sacar la vivienda del mercado. Y, por supuesto, cuando reclamamos una libertad corporal más allá del binarismo, esta puede ser imaginada también para la totalidad de la clase trabajadora y excedente.

De hecho, ya contamos con algunos ejemplos recientes en los que demandas específicas trans, queer y no binarias han abierto paso a procesos anticapitalistas más amplios. Frente a los ataques de Javier Milei al colectivo LGTBIQ+, el pasado enero se inició un multitudinario proceso de autoorganización y debate colectivo en el parque Lezama de Buenos Aires. Este culminaría con la creación de la Asamblea Antifascista LGTBIQ+. Las y les militantes implicades, con una gran presencia de personas trans y travas racializadas, supieron conectar la lucha de las disidencias con demandas contra el plan económico nacional, por la salud y la educación públicas, contra el saqueo de recursos naturales y por la memoria contra la dictadura. Fue así que las manifestaciones convocadas por la asamblea se convirtieron en una de las respuestas más masivas y contundentes contra el gobierno. De forma similar, el 5 de mayo de 2024 tuvo lugar en Francia una gran movilización en apoyo a los derechos trans. Reuniendo a más de 25.000 personas en 50 ciudades, la jornada de lucha “Respuesta Trans” fue organizada de forma conjunta con los principales sindicatos y organizaciones políticas de la izquierda. Se trataba de una acción unitaria frente al intento de prohibir a menores el acceso a la transición. Entre las demandas que se plantearon se encontraban una asistencia sanitaria gratuita, una educación sexual feminista y un cupo laboral para las personas trans. Además, impulsades por les y las militantes socialistas que participaron¹⁴, se exigió que la cobertura de esos gastos proviniese de una desfinanciación de los presupuestos del rearme imperialista.

En última instancia, lo que estos episodios militantes nos muestran es que no basta con golpear cada una por separado. Que una coordinación entre las distintas luchas,

14 Cabe destacar aquí el papel de la militancia de Du pain et des roses.

así como la puesta en práctica de una unidad de clase en la diversidad son condición para salir victoriosos. Esto nos lleva, por último, a la necesidad de organizarnos más allá de una lógica fragmentada. En este sentido, partimos de que todas las luchas o movimientos sociales contra la opresión son necesarios. Estos focos de conflicto pueden ser grandes escuelas de autoorganización que, mediante su actividad cotidiana, siguen actualizando y expandiendo los medios y fines de la lucha de clases en direcciones imprevisibles y dinámicas. Algo imprescindible para dar forma a la revolución del siglo XXI. Sin embargo, las luchas parciales (no como muestra de menosprecio sino aludiendo a su especificidad, ya que encaran «una parte» de la totalidad capitalista) pueden verse limitadas y limitantes cuando queremos avanzar hacia formas organizativas capaces de cambiar el mundo de base.

Este tipo de luchas son, por definición, temporales e intermitentes. Pueden dar pie a grandes ciclos de movilización y posteriormente consumirse, sin dejar tras de sí una estructura militante estable. Pensemos, por ejemplo, en la enorme potencia alcanzada por los feminismos en la última década. Si bien sería injusto plantear que la lucha feminista del estado español carece de espacios de coordinación sostenidos en el tiempo (como la Xarxa de Feministes Anticapitalistes dels Països Catalans), es innegable que actualmente no reúne la fuerza de masas que tuvo en su día. Estos movimientos están, además, orientados hacia demandas específicas. Esto tiene un gran potencial, dado que permite agrupar a muchas personas que previamente no habían tenido contacto con la lucha social mediante objetivos concretos que pueden ser ganados en el corto plazo. No obstante, esto también suele implicar que, una vez se alcanzan esos objetivos más inmediatos, la lucha regresa a un estado de hibernación.

Recordemos el movimiento por la despatologización trans, el cual pudo articular una vasta red internacional de activistas transfeministas, así como poderosas alianzas con los movimientos locos. Pero, al tiempo que su demanda fue atendida, no supo dotar de continuidad la potencia radical que había abierto (y el movimiento trans que le siguió incluso llegó a abandonar su solidaridad con les psiquiatrizades). Asimismo, el carácter a priori plebiscitario (pedir demandas al estado) de estas luchas puede, a su vez, conducir las a un cierto corporativismo, esto es, quedar aisladas de otros conflictos con los que comparten horizontes de emancipación. Esto puede llevarnos, por ejemplo, a conformarnos con una ley trans cuyas medidas deseables dejan fuera a la totalidad de las personas migrantes. A la postre, la necesaria amplitud de estos movimientos implica que la posibilidad de una orientación más combativa siempre dependerá de nuestra capacidad de construir hegemonía frente a sus alas reformistas. De no lograrse esto, una lucha vigorosa puede terminar adoptando marcos que cierran la brecha entre la clase capitalista y las explotadas y oprimidas. E incluso en aquellas circunstancias más excepcionales en las que un movimiento parcial llega a plantear teóricamente la necesidad de romper con el poder existente, este sigue careciendo de la capacidad práctica para ello. Pues ninguna lucha compartimentalizada puede por sí sola apuntar de forma victoriosa a la cuestión del poder.

Frente a esta incapacidad, las y les revolucionarias nos hemos dotado a lo largo de los tiempos de diversas estructuras con una pretensión integral (no parcial) de combate al capitalismo, coordinando diversas luchas y aportándoles una estrategia común para el largo plazo. De entre estas herramientas, hay una que ha destacado en su desarrollo histórico por poseer la capacidad de situar a las explotadas y oprimidas en la primera línea de la construcción de un movimiento revolucionario, así como

de una nueva sociedad. Se trata del partido, una institución que pueda vehicular, de forma no lineal pero permanente, toda la experiencia colectiva acumulada a través de los movimientos sociales y los estallidos movilizadores de los que las desposeídas del mundo han formado parte. Quisiera proponer, pues, la necesidad de que las personas trans y no binarias demos también el paso a la construcción partidaria.

Este partido (o partidos) ha de ser necesariamente plural, diverso y democrático, puesto que dentro de nuestra clase no hay un solo punto de vista ni tampoco una sola visión táctica y estratégica. Por esta misma razón, necesitamos a su vez construir diversas estructuras revolucionarias que, si bien desbordan la forma-partido, pueden acompañar a este en su labor de impulsar cada lucha más allá de sus objetivos inmediatos, de conectar cada demanda justa con el horizonte del socialismo. Lejos de pensar este proceso en términos de un aparato burocrático u homogéneo, se trata de una invitación a conectar todas las expresiones de antagonismo social de formas simultáneamente creativas, abigarradas y unificadas. Así pues, el partido no puede sustituir a las luchas vivas del presente y estas no pueden sustituir la labor englobadora del partido. En su lugar, se trata de un intercambio dinámico y multidireccional que nos permita conectar todas nuestras batallas 1) entre sí y 2) con una estrategia anticapitalista e internacionalista más amplia. Es así como les muñeques podremos avanzar hacia nuestra completa liberación, que no es otra que la de toda la humanidad oprimida.

Sentadas en aquella terraza del Raval, Pe. estuvo compartiendo conmigo todo lo que sabía sobre hormonas. Pero no hablamos de los estrogénos y antiandrógenos como la vía química a un destino prefijado, sino como posibilidad de experimentación y agencia corporal. Contagio. Contagio. Contagio. Contagio. Contagio. Contagio. Contagio.

Conclusión: Hasta ser el futuro que acontezca

El futuro de los capitalistas parece oscuro, pero no es el único posible. En un clásico de la ciencia ficción feminista titulado *Mujer al borde del tiempo*, una mujer chicana de clase trabajadora viaja a una sociedad alternativa del año 2137¹⁵. Allí, ella conoce las nuevas relaciones sociales, costumbres e instituciones propias de un tiempo ecosocialista en el que se han multiplicado las posibilidades de los cuerpos. En un momento dado, la protagonista le pregunta a Luciente, su principal vínculo con ese mundo, si todes elles existen realmente. La respuesta, tan hermosa como antideterminista, que recibe entonces es: «*Tenemos que luchar para llegar a ser, para seguir existiendo, para ser el futuro que acontezca*». Es así como Connie, y nosotres con ella, se ve inmersa en una guerra de posiciones entre distintos futuros posibles. En esta lid, todas las luchas del presente enfrentadas a la opresión condicionarán la existencia de un porvenir liberador. Uno cuya caricia ya hemos comenzado a sentir.

Esto es lo que implica la actualidad de la revolución. Al igual que Connie, nosotres no vivimos todavía en ese universo libre de dominación, pero los pasos que damos cada día nos conectan, nos acercan y nos alejan, de esos paisajes de abundancia y abolición del reino de la necesidad. Donde les lugareños, cubiertos como Luciente en sedas colectivizadas, construyen una nueva sociedad. Una vida autoorganizada bajo

15 Cabe decir que su autora, Marge Piercy, fue una de las firmantes del manifiesto “Forbidden Discourse: The Silencing of Feminist Criticism of «Gender»” que, entre otras cosas, equipara el activismo queer con el antifeminismo. Partiendo de este hecho desafortunado, la novela sigue ofreciéndonos uno de los más valiosos miradores hacia una sociedad rupturista con la normatividad sexual y de género.

el principio ancestral de los comunistas: «De cada cual según sus capacidades, a cada cual según sus necesidades». De esta suerte, el mundo por el que luchamos opera como un horizonte regulador de nuestros actos en el presente. Las acciones aparecen como revolucionarias porque la futura revolución las llama para su realización, sintetiza **Jodi Dean**. En pocas palabras, el tiempo de construir la alternativa comunista es este. Ya nos encontramos inmersos en una guerra en la que nuestras acciones políticas, aquí y ahora, abren paso a diferentes futuros posibles. Se llama lucha de clases. Para salir victoriosos, necesitaremos ensamblar todo nuestro arsenal al completo, forjado a través de los siglos y templado al calor de cada lucha, de cada victoria y cada derrota de las explotadas y oprimidas del mundo. Pero lo que, tal vez, no presientes todavía es que la transidad también forma parte de este equipamiento revolucionario. Como tal, cualquier camarada ha de poder disponer de ella.

Porque sí, los fascistas tienen razón: La no-cisidad es contagiosa. El con/tacto con redes materiales liberadoras reproduce la posibilidad trans. Si reparáis en ello, en ninguno de los momentos personales que he compartido de mi propia transición me encontraba yo sola. Era siempre ese roce con los otros, esa labor colectiva, la que redireccionaba mis deseos. La razón por la que soy una persona trans no-binaria es porque ha habido amigos, amores-camaradas, colectividades militantes y leales desconocidos que, quizás sin saberlo, han incubado, cada uno a su manera, un trocito de mundo en el que liberarse de las presiones de la cisnorma se convierte en una opción disponible. Al dar lugar a unas condiciones materiales que mejoren las vidas de las personas trans y no binarias de la clase trabajadora y excedente, también se reproduce materialmente el deseo de (llegar a) serlo, de seguir existiendo. Solo cuando nos hagamos cargo de este poder transformador, lograremos expandirlo. A ti, a aquel, a Pedro y María, a Juan y José. Pero, sobre todo, a la larga lucha de todas las desposeídas contra el estado presente de las cosas. Con toda la fuerza del pasado. Hasta ser el futuro que acontezca.

Una noche de verano me encontré con un fantasma, una camarada. EsperanzaDe, susurró: ¡Trabajadores excedentes del mundo, contagiaos!